

# El ruido del aplauso

FERNANDO PÉREZ OLLO

«¿Qué es uno, sino una sombra? Sólo en la vida íntima, privada, ultradoméstica, puedo encontrar razones para pensar que todavía existo. He escrito y he publicado de 1960 a 1980 más que en el resto de mi vida. Algo, con cierto éxito, como mis memorias o el libro sobre las brujas. Algo me han traducido también y, en suma, la erudición me ha producido más satisfacciones que a otros. (...) Ahora hay mucha gente que cree que el objetivo de la vida es ser popular. Yo, no. Y menos, popular a cierta edad y en ciertos medios. Hoy no son populares la mayor parte de las personas que yo he admirado más y sí lo son otras que me parecen de poco fuste o caracterizadas por un grosero disfraz y por su tendencia a la impostura. Yo no soy más que un espejo que refleja todavía un mundo pasado... Un mundo que acaso no existió de veras, más que en unas cuantas conciencias».

Estas líneas cierran la autobiografía que Julio Caro Baroja escribió en septiembre de 1981, *Una vida en tres actos*, y dio a las prensas ocho meses más tarde, con ocasión de un homenaje. Veinte páginas densas, pudorosas y grávidas de verdades vertebrales, con alguna digresión irónica que al final no suena ajena al hilo de la prosa. La modestia hace que las décadas laboriosas del estudioso y su bibliografía apabullante queden reducidas apenas a dos alusiones y cubre de silencio el *cursus honorum* acumulado para aquella fecha.

«Esto que es, tiene que ser así. Pero si tiene que ser así, lo prudente y lo pertinente es dejarlo que sea y retirarse por el foro. Esperar. Esperar la muerte con tranquilidad, con serenidad. Morirse es algo que les ha ocurrido a tantas personas importantes, que no hay por qué estar alborotado ante la idea de la Muerte propia. La cuestión es que ésta no sea demasiado dolorosa, molesta o envilecedora. ¿Qué puede hacer uno cuando ocurre algo que ni le gusta, ni llega a comprenderlo bien?».

En la espera, uno puede hacer como Sócrates, que dedicó su última noche al aprendizaje de la flauta, para no encontrarse con Cerbero sin saber tocarla. Don Julio siguió estudiando y trabajando y le llegaron más honras y premios. «Sit tibi honor levis: ita diis placuit», le telegrafí en la primavera de 1985, cuando le eligieron académico de la Española. Él me respondió que se tomaba con calma el discurso de ingreso y que el frac no le preocupaba. Catorce meses después leyó el discurso, ante diecisiete de

los treinta y siete inmortales numerarios. Era un domingo de calor aplastante, que incitaba a cualquier locura menos a la de correr al salón académico para tener un buen sitio. Don Julio apareció con el vestido de etiqueta y explicó: «Resulta que yo tenía un frac viejo, casi sin usar. Le he quitado el polvo y me ha quedado muy decente, porque sigo siendo el mismo y he perdido poco peso. No parece, como se suele decir, que el difunto era mayor».

A ese hombre sabio, testigo y superviviente de otros tiempos, vecino foral de Vera de Bidasoa, le debemos que Navarra sea acaso la región española mejor estudiada como comunidad humana, como etnia histórica.

## II

Julio Caro Baroja nació en Madrid el 13 de noviembre de 1914. Fue el primer hijo de Rafael Caro Raggio y Carmen Baroja Nessi. El era impresor y editor; ella, pamplonesa, nacida en la Calle Nueva y bautizada en San Nicolás (1883-1950), fue una notable especialista en trabajos de aguja y bordado, sobre los que más tarde publicó un libro imprescindible, *El encaje en España* (1933), además de algunos títulos literarios. El matrimonio tuvo otros tres hijos: Ricardo (1917), Carmen (1922) y Pío (1928). Ricardo murió a los cuatro años y Carmen a los dos. El primogénito de los Caro Baroja vio la luz en el barrio de Argüelles y recibió el bautismo en San Antonio de la Florida, bajo los frescos de Goya.

Cursó los estudios primarios en el Instituto-Escuela, regido por la Institución Libre de Enseñanza, y también asistió a clases en los Escolapios de Vera de Bidasoa.

En 1931 ingresó en la Universidad de Madrid y comenzó Filosofía y Letras, carrera interrumpida por la guerra civil, en la que perdió a su mejor amigo, Juan Barnés. Declarado inútil para las armas por su salud, vivió el trienio de la contienda en «Itzea», la casa en Álzate, barrio de Vera de Bidasoa, que había comprado su tío Pío en 1912. Después reanudó los estudios universitarios, que terminó en 1940 con la licenciatura en Historia Antigua y coronó dos años más tarde con el doctorado. Su tesis versó sobre *Viejos cultos y viejos ritos en el folklore de España*.

En 1943, año en que perdió a su padre, comenzó a trabajar como ayudante en las cátedras de Historia Antigua de España y de Dialectología en la Universidad de Madrid, en las que apenas permaneció dos años, y tomó parte en las tareas del Instituto Bernardino de Sahagún, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y en el Centro de Etnología Peninsular, cuya secretaría desempeñó.

Un año más tarde, en 1944, recibió el nombramiento de director del Museo del Pueblo Español, en Madrid, cargo que ocupó durante dos lustros. En 1948 conoció al antropólogo Julian Pitt-Rivers, con el que mantuvo una intensa y duradera colaboración amistosa, como puede seguirse a través de su nutrida correspondencia. Años más tarde Pitt-Rivers le dedicó su libro sobre Grazalema de la Sierra.

El trienio siguiente es en la vida de Caro Baroja un período exterior. En 1951 recibe una beca de la Fundación Wenner Gren para realizar estudios de antropología y etnografía en Estados Unidos; en 1952 es el British Council el que le instala en Oxford, en el Institute of Social Anthropology; 1953 quedó señalado por el Sahara, al que dedicó nueve meses de preparación bibliográfica y tres de trabajos de campo entre los nómadas del desierto.

to, por encargo del coronel Díaz de Villegas, entonces director general de Marruecos y Colonias.

En 1957 comenzó a impartir Etnología general, como profesor titular, en la Universidad de Coimbra, cursos que le ocuparon hasta 1960, año en que le nombraron director de estudios de la sección de Historia Social y Económica de la Ecole Pratique des Hautes Etudes de París. Más tarde, en 1973 dio un curso en la Universidad de Wisconsin.

A partir de 1975 Caro Baroja, en contraste con su biografía anterior, vivió una década de notable presencia pública en los periódicos más importantes, en cursos monográficos en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en conferencias, y hasta las instancias universitarias se acordaron de él, porque la Universidad del País Vasco le encargó la cátedra de Antropología Filosófica. En pocos años le llovieron más premios y reconocimientos que en toda su vida anterior.

Desde 1947 era miembro de la Real Academia de la Lengua Vasca y de la barcelonesa de Buenas Letras. En 1963 había ingresado en la Real Academia de la Historia, apadrinado por Ramón Menéndez Pidal, Manuel Gómez Moreno y Diego Ángulo. Su discurso de ingreso versó sobre el criptojudasmo en tiempos de Felipe IV y le contestó Ramón Carande Thovar. En 1983 fue Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y le hicieron miembro honorario del Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland. En 1984 recibió la Medalla de Oro de Navarra, el título de Hijo Predilecto de Madrid y el de Adoptivo de Navarra y la Medalla de Oro de Bellas Artes. En 1985 le otorgaron el Premio Nacional de las Letras Españolas y, el 18 de abril del mismo año, tras una votación negativa cuatro meses antes que provocó un notable revuelo, le eligieron académico numerario de la Española, titular del sillón T, en el que sucedió a Guillermo Díaz-Plaja. El 15 de junio de 1986 leyó el discurso de ingreso, *Género biográfico y conocimiento antropológico*, al que contestó Manuel Alvar, exdirector de la Docta Casa. En 1989 recibió el Premio Menéndez y Pelayo por el esfuerzo de investigación de toda su obra.

Por su parte, Vera de Bidasoa le dedicó una calle y el pasado 13 de febrero el Gobierno de Navarra acordó dar el nombre de Julio Caro Baroja al Museo Etnológico que se va a instalar en el monasterio de Irache, hoy propiedad foral.

El 19 de mayo último. El Consejo de Cultura de Navarra acordó por mayoría proponerle para el Premio Príncipe de Viana de este año.

### III

«En mi casa vivían dos magos, mis dos tíos. Y de los cinco a los quince años he visto desfilar por ella, o por la imprenta de mi padre, a Azorín y a D'Ors, a Azaña, a Valle-Inclán, a Juan Echevarría, a los Zubiaurre, al doctor Pittaluga, a don Ciro Bayo, querido camarada de mi niñez; a sinfín de escritores, novelistas, poetas, pintores y artistas en general. Cada persona o personalidad de éstas era objeto de un juicio distinto según que el que lo hiciera fuera mi tío Pío, mi tío Ricardo o mi madre. Primera razón para sentir la fuerza de la libertad. Esto lo pagué después. ¡Pero mientras tanto! Mientras tanto, una borrachera casera continua. Durante años, los domingos iba con mi tío Pío a exposiciones, veía los cuadros y oía los comentarios que éste hacía con Chicharro, con Mir, con Solana o con algunos pintores y grabadores más viejos, como don Tomás Campuzano. Yo he visto hacer todos los papeles posibles del «Tenorio» a Valle-Inclán, a Azaña

vestido de cardenal en un baile de máscaras, a mi tío Pio convertido en farmacéutico de teatro y a mi tío Ricardo en papel de ángel flamígero. He oído comentar las representaciones de «El mirlo blanco» a Pérez de Ayala, «Andrenio» a Canedo y he visto y oído a Rivas Cherif hacer el bululú imitando la voz de Magda Donato».

Hay una fotografía de don Julio, niño de cinco años, con don Pío en el balcón de la biblioteca de «Itzea». El tío tiene su mano derecha sobre el hombro de su sobrino, que se apoya en el muro de la casa y gira la cabeza hacia la cámara. La influencia de Pío Baroja es sin duda la más honda en don Julio y éste lo ha reconocido siempre. La de Ricardo, que murió en Vera, también fue muy importante y no cabe ignorar la dimensión plástica y visual en la obra de Caro Baroja, que ha firmado a lo largo de su vida miles de dibujos y cientos de cuadros. Los dibujos, con frecuencia más apreciables e ilustrativos para el lector o estudioso que las fotografías, salpican sus estudios, en algún caso los vertebran, y en ocasiones han merecido la publicación por sí mismos, como cuadernos de campo. En cuanto a su afición a los pinceles, cuando colgó por primera vez y vendió con rapidez toda la muestra, comentó irónico que una sola exposición le había proporcionado más ganancias que toda su obra escrita.

En las frases autobigráficas arriba transcritas falta un personaje imprescindible en el retrato intelectual y moral de Caro Baroja y no sólo por razones físicas. La referencia más íntima, más cálida, más oculta también, en don Julio es la de su madre, observadora y estudiosa, hacia la que ha sentido una profunda admiración que cela con pudor. Sólo en *Los Baroja* abrió sus confidencias y las páginas dedicadas allí a Carmen Baroja dejan adivinar la huella permanente de aquella mujer en su primer hijo.

En ese mismo libro pueden calibrarse otras relaciones ilustres, intelectuales o personales. Entre ellas, las de José Ortega y Gasset y Ramón Carande. Con los Ortega Spottorno ha mantenido desde niño una amistad fraterna, y del filósofo recuerda agradecido que fue una de las últimas visitas que reclamó aquél, ya enfermo de muerte. De Carande siempre ha hablado con admiración hacia el talante personal del ilustre historiador y hacia el maestro, del que perfiló una emotiva semblanza necrológica. Ninguna muerte, decía, le había afectado de modo tan profundo.

#### IV

Pío Baroja firmó *su Jaun de Alzate* en Itzea, en marzo de 1922. El manuscrito, conservado en la casa de Vera, está dedicado a su sobrino, que, según ha escrito, debe en buena parte a aquel libro su atención a la etnografía del país. Además el novelista hizo que aquel joven se acercase a Aranzadi, Eguren y Barandiarán y participase en sus investigaciones sobre el terreno. El adolescente dio muestras tempranas de su capacidad. El primer trabajo, sobre la arquitectura de Lesaca, vio la luz en 1929 y lo publicó el *Anuario de Eusko Folklore* de Barandiarán. De entonces a hoy la bibliografía de Caro Baroja suma casi seiscientos títulos, de los que una sexta parte vienen a ser libros, según ha catalogado Antonio Carreira, que en estas páginas se referirá a la presencia de Navarra en tal masa de estudios y textos.

Caro Baroja es desde hace un cuarto de siglo uno de los nombres de referencia obligada en nuestro mundo de las Ciencias Sociales y de las Humanidades. Pero cualquiera que conozca sus libros y su pensamiento tiene la certeza de que es más aplaudido que respetado y más admirado que leído. Y hay que preguntarse si podría ser de otro modo, porque no perte-

nece a ninguna escuela ni grupo teórico determinado, se ha mantenido al margen de cátedras, escalafones y clanes universitarios, no tiene alumnos ni doctorados «honoris causa», ha trabajado solo y ha llevado adelante su obra aislado. Una historiadora, Mercedes García-Arenal, ha contado que en toda la carrera y en los cursos de doctorado en España nadie le citó ni recomendó leer a Caro Baroja, pero llegó a Londres y fue el primer autor que le pusieron ante los ojos.

De entrada, ante tal catálogo de textos, la primera pregunta suele ser la más impropia: cómo clasificar la obra total, qué etiqueta iría bien, sin asomo de fraude, para tanto lomo. «Si tuviera que clasificar lo que he escrito en mi vida, no sabría como hacerlo, y preferiría no lanzarme a afirmaciones que podrían ser tan arriesgadas como las que hacían los jóvenes platónicos ante la calabaza. ¿Entra esto dentro de la Historia? ¿Es más bien Antropología? ¿O en realidad queda en el reino de la Nada?... A lo mejor lo que hace uno no es Historia, ni Antropología. Tampoco Nada. Sí talabartería o encaje de bolillos». Esta talabartería es Historia, Etnografía histórica, Antropología cultural, más ensayos, artículos, biografías y semblanzas variadas y magistrales, artículos y textos circunstanciales. Y en cuanto a otra coordenada, la del tiempo, Caro Baroja se ha interesado por todas las épocas, desde la prehistoria hasta nuestros días. La dificultad acaso proviene de que no se trata de una obra rígida desde el punto de vista formal, ni cómoda en los planteamientos y conclusiones.

A riesgo de simplificar en exceso la complejidad y desarrollo de las investigaciones de Caro Baroja, podríamos decir que sus libros nos han enseñado algunas lecciones fundamentales, que no conviene dejar a trasmano, siquiera sea para discutirlos. A saber, y por mostrar sólo una gavilla, que la teoría nunca sustituye a la erudición y al estudio sobre el terreno; que la documentación debe buscar y trabajar las fuentes primeras -y exigirlo y calificar de secundarios algunos textos le ha acarreado algún disgusto no precisamente intelectual- y que en esas fuentes hay que incluir también las literarias (orales y escritas) y plásticas; que la identidad del grupo, como sintetizó Davyd J. Greenwood, no responde a verdades naturales, ni a tópicos románticos, manipulados ideológicamente, sino a la tensión entre continuidad y cambio cultural; que la tradición es con demasiada frecuencia «la Historia falsificada y adulterada»; que no existen esencias o caracteres nacionales y mucho menos eternos o atemporales; que la Antropología no es ciencia a medida exclusiva de las sociedades primitivas o sencillas; que la Antropología debe estar históricamente informada; o que debemos atender más a las razones y conceptos que a las palabras. Pero junto a esas ideas de fondo uno puede encontrarse, en páginas que tienen casi medio siglo, que «el paisaje que nos rodea la mayoría de las veces es más bien producto de la mente humana que de la naturaleza exterior por sí misma», sugerencia que difiere poco de las expresadas hace una docena de años por Konrad Lorenz y Karl Popper.

Tales tesis han hecho de Caro Baroja un solitario y la soledad le ha merecido honores, pero ha sido con frecuencia chirriante. Recordemos sólo un caso. Menéndez Pidal, empeñado en conciliar tradición y evolución, imprimió a su escuela el afán de alquitarar la «epopeya nacional», que encontraba en Castilla y encarnaba en el Cid Campeador. El positivismo metodológico se ponía de esa manera al servicio de una idea romántica, la del *Volkegeist*. No es difícil advertir que Sánchez Albornoz, formado en el Centro de Estudios Históricos, «sin otro proyecto que el de la búsqueda desapasionada y exhaustiva», formuló una visión del *homo hispanus* no sólo católico, sino providencialista, de manera que la fe católica es uno de

los elementos esenciales de la identidad histórica de España. Cuando en 1926 Menéndez Pidal publicó *Orígenes del español*, un hombre de otra generación, aunque también integrado en el Centro de Estudios Históricos, sección de Filosofía Contemporánea, Ortega y Gasset, se revolvió contra una visión tan compacta y no reprimió «una mueca de leve descontento», porque, por ejemplo, no aceptaba «la creencia, perfectamente arbitraria, de que lo español en arte es el realismo», ni que el derecho local consuetudinario sea sinónimo de popular, «cuando muy probablemente equivale a todo lo contrario». Más tarde, en *La rebelión de las masas*, ironizó sobre «estos filólogos» que «para explicarnos cómo se han formado Francia y España suponen que Francia y España preexistían como unidades en el fondo de las almas francesas y españolas. ¡Como si existiesen franceses y españoles originariamente antes de que Francia y España existiesen! ¡Como si el francés y el español no fuesen simplemente cosas que hubo que forjar en dos mil años de faena!». Y después de recordar el ataque de Hegel a los filólogos como los enemigos de la Historia, expresa que ésta, «como toda ciencia empírica, tiene que ser, ante todo, una construcción y no un agregado». Esta es también la teoría historiográfica de Américo Castro, cuyo enfrentamiento con Sánchez Albornoz es de todos conocido. Ahí quedan lejos ya el romanticismo y el positivismo, el *Volkgeist* y el *Zeitgeist* posterior, y estamos ante la *Geistesgeschichte*, la historia cultural de las ideas, como ha resumido José Luis Abellán.

Caro Baroja, más allá del cruce de textos, llegó a la conclusión de que bajo el enfrentamiento y aún al margen de la impotencia para asestarse directamente los golpes que parecían inevitables, todos, Menéndez Pidal -el más flexible y abierto-, Sánchez Albornoz y Castro coincidían en la existencia de unas constantes en la identidad de los españoles. Los métodos, el léxico, la teoría y el bagaje personal eran diferentes, así como las conclusiones, pero en el núcleo esencial todos suscribían una tesis de fondo: había unas constantes en el ser español. La polémica, estruendosa, prendió porque las constantes de unos y otros eran incompatibles. Para Caro Baroja esas pretendidas constantes deterministas no son tales y donde otros ven hilos rojos continuos él aprecia cambios, transformaciones y rincones oscuros. Para nuestro estudioso, cristianos, moros y judíos no son grupos étnicos que expliquen la historia española, sino causa y a la vez efecto de ésta. Y lo que se dice de esos tres grupos humanos debe entenderse también de otros más o menos históricos y de la oposición entre el «carácter nacional» y «la cantidad de ideas agresivas y contrarias a la unidad», tensión en la que «lo más que se llega a encontrar es el modelo creado por una clase social (...) o por rivales y enemigos (...) o una masa de lugares comunes que incluso pueden ser contradictorios, pero que cumplen con unos fines circunstanciales interesados. (...) Y claro es que los historiadores, con frecuencia, han sido tan perezosos como el vulgo en lo de no apurar o depurar sus fuentes, en relatar todo lo que pudiera haber sido y no lo que ha sido, y han dado más importancia a la verosimilitud que a la verdad». *Intelligenti pauca*.

Don Julio es ya sólo su obra. Acaso ha llegado el momento de apreciarla en su verdad y no sólo en su verosimilitud, en su peso esencial. Es la hora de leerla con calma, de discutirla y valorarla, más que de aplaudirla porque está de moda, porque irrita a los adversarios de uno o porque es la manera más elegante de no prestarle atención. «Im Beifall ist immer eine Art Lärm: selbst in dem Beifall, den wir uns selber zollen», advirtió Nietzsche en el tercer libro de *Die fröhliche Wissenschaft* o *La gaya ciencia*. En el aplauso siempre hay un ruido, incluso en el que nos concedemos a nosotros mismos.